

INVOCACIÓN

Cañada hermosa, cañada
del puerto de la Fuenfría,
¡qué alegre estás, inundada
por la luz del mediodía!
¡Cuán lozana reverberas
ante mis ojos cansados!
Verdes lucen tus laderas,
verdes relucen tus prados,
de amarillas
floreillas—salpicados.
Risueño, primaveral,
sus rayos derrocha el sol;
un sol rumboso y jovial,
clásicamente español.
Apretados, rumorosos,
con el rumor de los mares,

trepan hasta el horizonte,
 subiendo de monte en monte,
 los verdinegros pinares.
 Pasa el aire, tibio y lento,
 regalando
 con su aliento
 los olores—campesinos
 de las flores—y los pinos,
 y va el arroyo cantando
 por la sombrosa hondonada...
 ¡Qué alegre estás, inundada
 por la luz del mediodía,
 cañada hermosa, cañada
 del puerto de la Fuenfría!

—

Pasada la juventud,
 víctima del mal que tengo
 como castigo, á ti vengo
 buscando paz y salud;
 paz, de la que siempre fui
 más que amigo, adorador,
 y salud, mi bien mayor
 y el primero que perdí.
 Propicias vuelvan á mí
 bajo el influjo sereno

del airecillo serrano,
 que es tan sano...
 por lo mismo que es tan bueno.
 Que recobre yo en tu seno
 juicio para discurrir,
 calma para proceder,
 ¡y fuerzas para sufrir!
 ¡y alientos para querer!!
 ¡¡Vuélveme la fe pasada,
 devuélveme la alegría,
 cañada hermosa, cañada
 del puerto de la Fuenfría!!

—

Mas si es fuerza que sucumba;
 si me destina la suerte
 calma tan sólo en la tumba,
 por todo alivio la muerte,
 cese pronto mi ansiedad;
 cese, por fin, la inquietud
 de la terca enfermedad
 que en su misma lentitud
 pone su mayor maldad;
 duélete de mi dolor,
 y acabe ya mi agonía;
 mándame un aire traidor

que apague la vida mía,
y en la hondura más umbría
de tu más negra hondonada,
¡sepúltame bien, cañada
del puerto de la Fuenfría!

LAS CUMBRES

¿Son las altas cabezas — de los recios titanes
que después de su lucha — por el fuego celeste
sobre el haz de la tierra — se quedaron dormidos?

Son las altas y hermosas, — las altísimas cumbres,
que se elevan al cielo — virginales y blancas,
afirmándose en hombros — de magníficos montes;
con sus picos envueltos — en jirones de bruma,
con sus agrias laderas — salpicadas de pinos,
con sus tajos enormes — rebosantes de nieve.
Son las altas y hermosas, — las altísimas cumbres,
profanadas apenas — por los pasos del hombre.

En sus hondas cavernas — regias águilas viven.
Por su atmósfera límpida — regias águilas cruzan.
Al posarse, fijando — sus fortísimas garras
en peñascos inmóviles; — destacando su bulto
sobre el fondo del cielo; — con las alas abiertas,

á volar preparadas; — encendidos los ojos,
y nerviosas y erguidas — las cabezas menudas,
de revuelto plumaje; — ¡poderosas y libres! —
escapadas parecen — de imperiales escudos.

Es de ver si las nubes — á los montes se enredan,
y sus flancos asaltan. — Va con ellas el rayo
que las cruza de pronto — con zigzag de serpiente,
y en su seno revienta, — de su seno se escapa,
como en tromba, la lluvia — por el viento batida,
mientras crujen los aires, — al sentir de imprevisto
que desgarran sus ondas, — á zarpazos, el trueno.
Y entre tanto que asaltan — á los montes las nubes,
y descarga la horrible, — pavorosa tormenta;
sobre truenos y rayos, — vendavales y lluvia,
se levantan las cumbres — arrogantes y hermosas,
y sus picos emergen — del siniestro nublado
como claros islotes — sobre un mar de tinieblas.
¡Se levantan las frentes — de los recios titanes,
á una bóveda pura, — despejada y tranquila,
donde el sol resplandece — como escudo de llamas,
ó refulge la luna — como rosa de nieve;
donde brillan y brillan, — titilantes y azules,
las estrellas, las flores — del jardín de los cielos!.

Adoremos las cumbres. — En silencio y altivas,
orgullosas parecen: — desdeñando á los valles

y olvidando á los hombres. — Pero no; de sus anchas
y robustas vertientes, — brota el agua, que es fuerza,
movimiento y frescura; — que da vida á los campos
y salud á los hombres, — y desciende á raudales,
¡sobre el césped corriendo! — ¡rebrincando en las rocas!
¡los arroyos formando — y acreciendo los ríos!
¡avivando los gérmenes, — fecundando la Tierra!

Son así, como cumbres, — los altivos talentos
de los hombres preclaros, — que en amargas vigili-
as y tras tercios afanes — para el hombre descubren
la verdad de la Ciencia; — los que luchan y luchan
por que cedan y entreguen, — el Enigma su arcano,
su secreto la Esfinge; — los que rasgan las sombras
en que envuelve y esconde — sus misterios la Vida.

Respetemos la suya. — Solitarios y tristes,
orgullosos parecen: — apartados del mundo,
y alejados del hombre. — Pero no; son los faros
que señalan sus rumbos — á las naves que luchan
con el mar y la noche; — las estrellas que guían
por el largo desierto. — Para el hombre trabajan,
para el hombre que sufre; — para el hombre, su hermano.

Solitarias y tristes, — orgullosas y altivas;
generosas al cabo, — con la tierra y el hombre,
¡respetemos las cimas, — adoremos las cumbres!

BUCÓLICA

El sol, ya sin corona, declina tras el monte.
Está como incendiado... Deslumbra el horizonte...

Empieza á desprenderse la sombra sosegada...
Ya sube desde el río; ya invade la cañada.

Por las ondas del aire, hace poco tranquilas,
suena, con claras notas, un repique de esquilas,

y un rebaño aparece, confuso y blanquecino,
dominando un repecho del angosto camino.

Es uno de esos típicos, numerosos rebaños,
que la tórrida Mancha dejan todos los años

cuando el calor de Junio, como temible azote,
requema las llanuras que ilustró *Don Quijote*,

para buscar la fresca temperatura sana
que en verano les brinda la tierra segoviana.

Viene el largo rebaño, de polvo muy cubierto,
con andar fatigoso, en demanda del puerto.

Para dejarle paso, me encaramo en la cerca
de unos prados vecinos. El rebaño se acerca.

Un buen pastor lo guía, seguido por sus perros,
y van detrás, sonando sus enormes cencerros,

unos carneros mansos, que marchan muy unidos,
de lanas muy espesas y cuernos retorcidos.

Siguen muchas ovejas, á miles, apretadas,
como si fueran todas por el miedo llevadas;

cabras negras y rubias, como noches y días,
y entre cabras y ovejas, rebrincando, las crías.

A lomos de sus recios caballos andadores
llevan el *atavío* los morenos pastores,

que á su grey acompañan, con perenne cuidado,
y que á la postre cierran la marcha del ganado

con otro blanco golpe de carneros lucidos,
—las testas bien armadas de cuernos retorcidos,

los cuerpos tan guardados, con lanas tan espesas,—
y cuatro grandes perros, feroces en sus presas.

En un serón de un potro va un chivo fatigado.
Ni un momento se aparta la madre de su lado.

Mirándole se alegra, mirándole camina.
El chivillo se asoma, y la madre se empina,

y así como los pájaros se besan con los picos,
juntan ellos, gozosos, los trémulos hocicos.

Si alguna oveja escapa por la verde ladera,
un pastor la detiene con pedrada certera,

y repite su historia la oveja desmandada
con quien ejerce oficios de razón la pedrada.

.....
.....

El rebaño se aleja. La noche se avecina.
En las sombras que crecen, el rebaño camina.

Mientras se va apagando la tarde melancólica,
se va desvaneciendo la aparición bucólica.

Voy, sin sentir, dejando *el mundo y su rüido*
en un lejano término de un sosegado olvido.

Paréceme que aquieta sus zozobras el alma
en la paz inefable de esta infinita calma...

Desde un pueblo cercano, llegan las vibraciones,
graves y prolongadas, del toque de oraciones.

El aire es apacible. Sopla apenas, muy blando.
Ya muy lejos, muy lejos, un pastor va cantando.

En este misterioso morir de un bello día,
el campo da su aroma más puro: su poesía.

Bajo su influjo mágico, parece la cañada
más hermosa que nunca, ¡de sí misma encantada!

Por el sereno ambiente de este cuadro de idilio,
dijérase que pasa la sombra de Virgilio...

CONFESIÓN

Una insensata vehemencia
para sentir me ha perdido.
La lucha por la existencia
me ha rendido.

Vivo presa de un terror,
¡que no es el miedo á morir!
Lo que me causa pavor
es vivir.

Apenas mi sombra soy,
con martirio tanto y tanto,
y así muriéndome voy,
muriéndome voy... ¡de espanto!

Esta es la triste verdad
de mi suerte.
Los que sabéis mi ansiedad,
¡tenedme, por Dios, piedad
en mi vida y en mi muerte!